

# LA PROTESTA

Precio 10 cts.

SUPLEMENTO SEMANAL

Porte pago

U. Telefónica 0478 B. Orden

Redacción y Administ.: PERÚ 1537

Valores y giros a A. Barrera

## Reformismo y reacción

Las organizaciones económicas del proletariado, si no se inspiran en una concepción revolucionaria y trabajan sobre la realidad social los valores ideológicos que magnifican la lucha de clases, carecen de una verdadera importancia como factores de impulsión del desarrollo histórico de las sociedades humanas. Reducida la cuestión social a un simple litigio de hambrientos, limitada a su faz puramente económica y constreñida a esa vulgar interpretación del reformismo marxista, la violencia de las masas no asustan a los detentadores del privilegio. ¿Qué importa que esos conglomerados humanos, sometidos a la dirección de los jefes políticos, pongan en beligerancia los imperativos del estómago? ¿Qué importancia tiene el hecho de que los obreros, organizados para la lucha económica, exijan mayores jornales y hasta pretendan competir con las empresas capitalistas que tienen a su cargo la explotación industrial y la distribución de los artículos de consumo?

El problema revolucionario no está contenido en la llamada lucha de clases. La violencia que surge como una manifestación del descontento popular, si bien responde a causas psicológicas que tienen su origen en la injusta organización social, no constituye un peligro permanente para los que han concentrado en el Estado el sumun de todas las violencias y de todos los despotismos morales y materiales. Y los gobernantes llamados progresistas y liberales, saben muy bien que la cuestión capital, para asegurar el orden institucional y preservar a los órganos políticos y económicos que sirven de amparo a la clase poseedora y dominante del ataque violento de las masas insurreccionadas, está en saber abrir la válvula de escape a la indignación popular y desviar el alud de las violencias desatadas...

Los marxistas ofrecieron al capitalismo todos esos elementos de contención empleados por los gobiernos en los países en que la cuestión social llegó a adquirir una importancia ilimitada. Porque es un hecho fácilmente demostrable, que han hecho más por la conservación del Estado y el mantenimiento del sistema político-económico de la burguesía, las reformas introducidas por el socialismo parlamentario que todas las leyes represivas dictadas por los gobiernos reaccionarios.

Claro está que una reacción violenta como la provocada en Italia por el fascismo, hace desaparecer en las clases dominantes hasta la noción de su propia responsabilidad.

Suponen por un momento, que la fuerza empleada sin tasa ni medida contra todos los enemigos políticos, logrará modificar substancialmente las condiciones sociales y la naturaleza del problema planteado por la existencia de su dominio.

incontenible anhelo de superación moral e intelectual.

Puede que Mussolini, para hacer más completo su arrepentimiento de peador marxista y conseguir de la burguesía la absolución de sus peados revolucionarios... haya emprendido

do el dictador Mussolini, reproduciémos aquí sus declaraciones respecto a las cooperativas, consideradas como factores de producción o distribución. Al ser entrevistado por el presidente de la Liga nacional de las cooperativas, el propulsor de ese movimiento reaccionario que devastó, incendió y saqueó centenares de instituciones cooperativistas, hizo las siguientes declaraciones:

"La cooperación, cuando no es turbada o desviada de su misión económica por influencias políticas o de especulación y cuando su acción es orgánica, constituye una potente fuerza reguladora de los mercados, y en el campo del trabajo es también una fecunda escuela de responsabilidad para las masas laboriosas. La cooperación no puede considerarse como una organización contraria al principio liberal, entendido en el sentido del libre juego de la actividad comercial e industrial, sino como un medio práctico para combatir todas las formas del monopolio que se ejercen a expensas de los consumidores y por la sincera aplicación del principio fundamental de la libre concurrencia."

"Por eso yo no puedo sino afirmar mi simpatía por aquella forma de cooperación que, consciente de esta alta misión social, elevándose por encima de toda pasión de clase, política o religiosa, accione como arma de defensa contra todas las incontinencias de la especulación. La cooperación es un elemento de alto valor social, y, como tal, puede reclamar del Estado no privilegios financieros, sino el apoyo moral y la defensa que asegura su funcionamiento en un ambiente de libertad."

Nuestros socialistas reproducen en su órgano de publicidad estas declaraciones del jefe fascista. ¿Qué pueden objetar a esas razones del oportunista Mussolini? En esa opinión sobre las cooperativas está integrada toda la doctrina marxista. Y nada significa, al fin de cuentas, que el renegado discípulo de Marx haya basado su triunfo personal en la lucha a sangre y fuego contra el partido que lo inició en la vida política: basta con que como gobernante, reconozca el valor del reformismo y recurra a las reformas como la única tabla de salvación de su gobierno sin programa.

Se demuestra, pues, que las organizaciones proletarias, desviadas de sus objetivos revolucionarios por la existencia de intereses materiales derivados de su estructura económica, pueden servir como instrumentos a los gobiernos más reaccionarios. El cooperativismo es, para la burguesía, una forma nueva de explotación que se adapta perfectamente a sus intereses. Basta, como bien lo da a entender Mussolini, que las cooperativas de producción o consumo se limiten a sus funciones económicas, excluyendo toda cuestión política y todo problema de carácter social.

Los obreros pueden aspirar a llenarse el estómago, pero no deben alimentar en sus cerebros la quimera de un mundo de igualdad y de justicia.

## AÑO NUEVO



La humanidad. — ¡Un año más y no alborca todavía!

La contrarrevolución italiana, culminada en el golpe de Estado fascista, estaba dirigida contra el proletariado, no por lo que representaban como potencia económica las organizaciones obreras reformistas ni por el peligro que pudieran encarnar las conquistas políticas del socialismo, sino por la difusión del espíritu revolucionario en esa masa de descontentos lanzados a la conquista de la entrevista felicidad. Era necesario destruir los órganos de lucha que constituían una constante amenaza para el capitalismo, pero más necesario era aún matar en el proletariado su espíritu de intransigencia y su

dido con mayor saña la lucha contra el partido que le llevó al parlamento y desde el que se inició en la vida política. Pero es bien cierto que el jefe fascista, pese a la guerra mantenida contra el socialismo, está dispuesto hoy a tomar del marxismo aquello que constituye la esencia misma del Estado: el espíritu de conservación, la servidumbre legal impuesta al pueblo, la ficción reformista presentada a los ojos de los trabajadores para ocultar el inveterado despotismo político y económico de la burguesía dominante.

Como un ejemplo curioso del criterio marxista que sigue sostenien-

DE PIERRE RAMUS

# La propiedad en el comunismo

En su mayor parte consiste el comunismo en una especie nueva de derecho de propiedad y de sus conceptos, es decir, ante todo en un completo aniquilamiento de la posibilidad de una monopolización de la propiedad. En este lugar quiero ocuparme de los valores de la propiedad tal como encuentran aplicación en el comunismo.

Primero, de uno. No se puede negar que cada hombre, tanto en su instinto de alimentación como de conservación, es movido por una fuerza elemental poderosa que le obliga a llamar propios los objetos que necesita. Este deseo elemental se eleva sobre los instintos primitivos de la humana naturaleza y alcanza a las más altas necesidades espirituales. El principio de la comunidad inherente al comunismo no debe consistir en ese fundamento frecuentemente mal entendido de que procura a todos los hombres el derecho a un objeto. El comunismo así considerado sería fácil de refutar. Se podría matar con esta indicación — vulgar, sin duda, — de que la comunidad de un cepillo para dientes, de una toalla, de un pañuelo de bolsillo, hasta la imaginaria comunidad comunista de las mujeres, cosas seguramente individuales, es una absurdidad.

Pero tales argumentos se fundan en un positivo desconocimiento del principio esencial del comunismo. Como he dicho ya, el comunismo no desconoce de ningún modo el llamado instinto de propiedad del hombre moderno, diferenciado. Es justamente su desconocimiento por la condición actual de la sociedad en favor de unos pocos y en perjuicio de la mayoría lo que ha traído los terribles conflictos antisociales llamados "crímenes" por la justicia estatal. Pero en realidad el principio de comunidad económica, esencial del comunismo, consiste en esto, en que ofrece y garantiza a cada uno de los miembros de la comunidad la posibilidad de obtener todo lo que la comunidad posee. Si la comunidad produjese únicamente lo que el individuo necesita en una sola clase de producto o en muy pocas, entonces se concebiría aquella errónea interpretación del concepto de comunidad de bienes. Pero gracias a la técnica de bienes y a la comunidad social, la posibilidad de producción de todos los medios de satisfacer las necesidades del individuo no tiene límites y es una vana absurdidad suponer al comunismo siendo una colectividad inocua, pues en realidad las más sutiles aspiraciones de la vida individual pueden realizarse por su intermedio.

Para representarnos la clase de propiedad de la sociedad comunista anarquista es necesario que nos imaginemos un país en situación de ausencia de dominadores. El pensamiento mismo es, para muchos, difícil, pues en lo que concierne a Europa y también a otros continentes, tal país no existe. Toda región que se descubrió en nuestro globo fué primero tomada en posesión por diversos Estados, y luego repartida entre los terratenientes. Lo que no es de ellos, no existe. Naturalmente, esa situación es en absoluto injusta. La tierra es donada por la naturaleza a todos los hijos de la humanidad, es una especie de justificación de aquella por su involuntaria, inelectiva y en la mayor parte de los casos incidental creación de la vida. Lo cual equivale a decir: al mismo tiempo que la naturaleza hizo crecer la vida, puso la mesa, a la que todos los hombres tienen el derecho de sentarse, pues en ella el trabajo humano, su diligencia y su celo colocan los manjares, es decir, los productos de la agricultura, que son producidos y que existen para todos.

Pero la avidez de dominio y de posesión lo ha transformado y revuelto todo. La tierra pertenece actualmente a unos pocos y de ellos depende si sus frutos y dones naturales y los del trabajo necesitado por la elaboración del pan y de los otros alimentos deben fluir o no. Es cierto, las cosas están de tal modo condicionadas en la sociedad capitalista que los poseedores de la tierra tienen un mayor interés en su cultivo cuando la poseen jurídicamente. Estos poseedores pueden entonces determinar con sus productos, que pertenecen a las necesidades positivas de la vida, la posibilidad de vivir de la mayor parte de la sociedad, la cual acude a ellos en demanda de tales producciones. A esta demanda aquellos responden con su oferta, que es siempre mantenida por debajo de la primera, de modo que los propietarios de los frutos y los dones naturales de la tierra pueden alcanzar, con el monopolio, los más altos precios posibles.

Ya la relación total de la oferta y la demanda es una relación inhumana de robo y de crueldad. Permite a los que tienen en sus manos el privilegio del monopolio de la propiedad esperar a satisfacer las necesidades de los demandantes y de los pobres cuando estos necesitan imperiosamente los productos requeridos y pagan todo el precio que se exige por ello. Oferta y demanda se refieren una a otra como la extorsión a la víctima de la extorsión.

¿Es un milagro que en los cuadros de una tal antinatural inhumanidad social, el hombre pierda poco a poco la comprensión de sus derechos naturales, cuando no pueda imaginarse en sus líneas generales algo como un país sin amos? Sin embargo es necesario que yo, para poder construir figuradamente, recurra a un ejemplo. Libre de todos los aparatos ocultos y erróneos del orden del monopolio, el comunismo será más claro y comprensible.

Imaginemos como un país sin amos una isla de Robinson. Contrariamente a la de Defoe, nuestra isla no es habitada por nadie. Así es verdaderamente un país sin amos. Imaginemos ahora que un gran transatlántico, maltratado por la tempestad, realmente averiado e inútil para el porvenir, es empujado a la costa de esa isla con una tripulación de 5.000 hombres. La isla es tan grande que podría ofrecer espacio fácilmente a un número de hombres cuatro o cinco veces mayor. Los naufragos están obligados a colonizar la isla porque pueden pasar años sin que se acerque un barco a la altitud en que están y poder hacerse advertir por señales de vida. Ahora se promueve la gran cuestión: ¿Cómo deben arreglar esos insulenses su vida?

Hay tres posibilidades. La primera sería la ya conocida y bajo la cual languidecemos. El capitán del buque averiado y sus oficiales declaran la isla de su propiedad personal o del Estado bajo cuya bandera navegaba el buque; el cultivo es ordenado por el capitán del siguiente modo: divide la tierra entre sus oficiales, los cuales no entienden de agricultura, y además, los trozos que les son designados serían demasiado grandes para cultivarlos personalmente. El capitán y los oficiales llevan armas y pueden obligar a los demás a reconocer su derecho de propiedad. Pero con eso se habría hecho poco si no necesitados todos la tierra para vivir. Puesto que a los otros les está prohibida la libre entrada y el uso de la tierra, deben dirigirse al capitán y a los demás poseedores de ella para informarse bajo las condiciones en que les será permitido cultivarla. Estas condiciones se pueden resumir en una sola: los numerosos desposeídos de la tierra deben trabajar para los pocos poseedores y entregarles los frutos naturales y los de su trabajo, a salario, con el que apenas conseguirán volver a comprar los frutos producidos y elaborados por ellos, para poder satisfacer sus necesidades más urgentes. Esta es la primera especie de ocupación que se ofrece como posible. Es la más próxima porque consiste en la posesión de la tierra en gran escala, la forma de posesión de toda sociedad llamada civilizada. — La cual está sometida a un Estado, es decir, a una organización de violencia. Este es el fundamento principal — de ninguna manera el único — de la esclavitud económica y de la económica dependencia de la gran masa de la comunidad a una pequeña minoría de terratenientes, que robaron la tierra en su origen con el apoyo estatal, y que por sus privilegios monopolistas, garantizados por el Estado — que, en verdad, son ellos mismos — tienen en sus manos, indefensa, la vida de la sociedad.

Tomemos ahora la segunda posibilidad según la que nuestros insulenses pueden organizar la vida. Son de opinión que no podrían vivir sin gobierno, es decir, algunas gentes a quien el gran número apenas ha conocido más que por referencias. Como es de suponer, esos hombres deben poseer la misteriosa capacidad de mantener el orden en la comunidad, pues sin ellos no sería ni podría ser guardado por los 4.950 hombres restantes. Estos deben encarar de esa tarea, de refrenarlo y de guiarlo todo a cincuenta hombres. Pero ¿cómo es posible que 50 hombres puedan obligar a los otros 4.950 a algo, y quién ofrece la garantía de que los cincuenta hombres elegidos accidentalmente por la mayoría son mejores que los demás? Y si no son mejores, ¿cómo debe dominar sobre ellos para refrenarlos y guiarlos? ¿Se deberá, quizá, establecer un gobierno sobre el gobierno? Pero tampoco existe entonces la garantía de que la más alta autoridad posterior sea en realidad el absolutamente impecable, irreproachable, omnisciente gobierno, — que así debía ser para tener realmente la pretensión y el moral y razonable derecho a poder dominar sobre sus semejantes, o sea sobre los hombres.

Todas estas cuestiones no se las plantean nuestros insulanos, como no se las plantean la mayoría de los hombres. Eligen su gobierno, le entregan el derecho a decidir sobre la vida y la propiedad de los demás, convienen en someterse incondicionalmente a sus resoluciones mientras esté sostenido por la mayoría. Dejan a su gobierno el derecho de disponer ilimitadamente del elemento de vida más importante para el individuo y para la comunidad, — la tierra. Declaran ésta propiedad del Estado y proclaman que nadie más que él puede ser propietario. Todos trabajan según las disposiciones estatales. Los productos son entregados al Estado y él los subdivide según las reglas fijadas por sí mismo a los habitantes de la isla, sus siervos.

Para el pensador claro y el observador exacto es indudable que esta forma de propiedad no tiene nada que ver con la independencia real. Se distingue únicamente de la primera clase de propiedad en que los desposeídos elijen por sí mismos al monopolizador, el Estado; en que, en lugar de muchos monopolizadores, tienen uno solo.

Todo lo demás queda como estaba, a parte del deber del Estado de alimentar y conservar a los habitantes de la isla. Esta ventaja no significa nada, porque el Estado no produce nada por sí mismo y solo reparte a los habitantes lo recibido de ellos previamente, por cuya ocupación están obligados a mantenerlo, exactamente lo mismo que al capitán y a los oficiales del primer caso. Esta segunda forma posible de economía es la del socialismo de Estado, mejor dicho, la del comunismo de Estado. Es una cuestión muy discutida la de decir si esta manera de vivir en la completa esclavitud económica y en la dependencia bajo la que es colocado el hombre, es superior a la primera forma, donde impera el monopolio más o menos despararrado. Indudablemente, esta segunda forma posee incurables defectos y sus elementos de cultura no pueden reclamar un derecho a la superioridad sobre la otra forma de propiedad; es enemiga de la individualización del hombre; tal vez le llene el estómago, pero en cambio le roba la autodeterminación, la libertad personal y toda posesión económica propia.

Vamos ahora a la tercera posibilidad abierta a los insulenses. Es la del comunismo anárquico. En este caso es necesario que la tierra sin amos hasta la verificación de la distribución de los ejemplos anteriores, asocié las ventajas de la propiedad, de la posesión, a la circunstancia primitiva de ausencia de monopolios y de amos. Pues si la propiedad es una parte integrante del bienestar social, es tan importante por lo menos la condición de ausencia de dominio sobre los medios principales de la vida común. Donde está última condición existe, sólo allí es asegurada la propiedad a todos los agrupados socialmente. Cuando nuestros insulenses intenten experimentar en el orden anarquista comunista, procederán del modo siguiente: colonizarán el país individualmente o por grupos; estos se formarán por el amor, la solidaridad, el interés común o otras relaciones espirituales de naturaleza ética o económica, según sus personales o colectivas capacidades de trabajo y de cultivo. El resto del terreno no ocupado y cultivado por ellos permanece como antes, sin dueño. Los trozos particulares de tierra de una dimensión relativa a las fuerzas personales o asociadas, no serán tampoco iguales en calidad y serán limitados de común acuerdo y trabajados individual o familiarmente, o por grupos. También es posible que las comunidades que se cristalizan de los cinco mil hombres, determinarán en común los trozos que deben ser trabajados colectivamente, como para el cultivo del trigo, por ejemplo, etc.

¿En qué consiste ahora la propiedad, en qué consiste la persistente ausencia de amos en esa isla imaginaria? La propiedad consiste en que cada uno puede declarar de su posesión aquello que ha trabajado o producido. Su posesión está allí donde él está, es aquello que, por lo mismo que lo usa, lo posee también, como sus asociados. No existe en esta forma igualdad de propiedad ni homogeneidad, pero tampoco hay en la naturaleza uniformidad. La extensión de la isla, el rendimiento de la tierra y de la naturaleza hace posible a cada uno prever el crecimiento del círculo futuro de su vida. Y lejos de estar todos desposeídos de propiedad, será cada uno propietario de lo que produzca, poseerá en común lo que produjo en común, según el acuerdo colectivo. Pero no más que eso, pues lo demás no poseería un valor real particular. Distintamente a como sucede en las otras dos relaciones de propiedad, del comunismo anárquico es excluido el que unos hombres deban trabajar para otros más poderosos, es decir, para los diversos monopolistas o para el monopolista único, el Estado, que es la asociación de los poderosos de la sociedad.

En la sociedad comunista anarquista los individuos trabajan y crean primeramente para sí mismos y sólo en tanto que los intereses de unos se tocan con los de otros, se reunen y dividen los productos según recíproco acuerdo. Este acuerdo, siguiendo el deseo y la satisfacción individuales, puede ser renovado o hecho con otros. La propiedad en una tal sociedad comunista consiste en la posesión de los objetos producidos por el productor mismo, como en la posibilidad que tiene cada uno de usar aquello que es determinado por la naturaleza y la sociedad como de uso y provecho común.

¿Qué es la no existencia de amos? No constituye una relación sin importancia sino una parte integrante del comunismo anárquico. Ausencia de amos es casi idéntico a ausencia de monopolio, cuya palabra expresa únicamente el concepto económico del primero. Donde hay ausencia de amos no puede existir ningún poder de excluir a nadie del libre empleo y aprovechamiento de los instrumentos de trabajo, de los bienes colectivos ni de la tierra. Ante todo, el terreno no cultivado, no empleado, permanece sin poseedores, es decir, la comunidad garantiza su utilización a todos los hombres que lo necesitan, pero estos no pueden en mérito a su utilización declararlo vedado a sus semejantes. Aquí está el fundamento cardinal del comunismo anárquico. Todos tienen garantizado el uso de lo que cada uno posee en la medida de sus fuerzas disponibles. — porque quien se sirve de algo que no se le puede tomar, lo posee según todas las leyes de la práctica y de la lógica, — pero nadie puede atribuirse el privilegio de monopolizar una cosa, y por tanto, de prohibir a otros el empleo y la utilización de algo que no está aún en uso y que de ese modo tiene ya un propietario.

Tal vez haya muchos, — también las concepciones doctrinarias del comunismo, anticuadas en tanto que autoritarias — que plantearán aquí la siguiente cuestión: Si, pero ¿cómo queda, dentro de ese sistema el comunismo? No es verdad que nadie puede llamar a una cosa su propiedad? ¿En qué consiste aquí la propiedad colectiva en oposición a la individual? Los que hablan así no ven la luz en los días más claros. No comprenden que la propiedad común consiste en esto, en que cada miembro de la comunidad posea su propiedad garantizada por ella, — lo que la sociedad existente no puede hacer y lo que en el comunismo estatal prevalece sólo en el sentido de asegurar el abastecimiento, pero no en la propiedad misma, que existe pero que está monopolizada, porque es capitalismo de Estado.

El comunismo en una sociedad comunista anarquista consiste en el acuerdo para la negación de todos los monopolios. Es en cierto modo una ley moral básica, una constitución que quita todo carácter de monopolio a las fuentes de la vida común — primeramente de la tierra, los talleres, las máquinas, las materias primas — y las entrega al libre derecho de utilización por todos. Con el mismo derecho que antes se había de ausencia de amos en los terrenos de la sociedad comunista no utilizados, se puede hablar de la posesión colectiva por todos. Pero (al posesión común es sólo la explicación del derecho que tiene cada uno a su empleo. Significa aquí el principio de posesión por la colectividad, un principio colectivo únicamente en el sentido de que la colectividad asegura la resistencia contra la tendencia a su monopolización por unos pocos y garantiza a todos sus miembros la libre entrada en los lugares de producción, el empleo y el aprovechamiento de los instrumentos de trabajo, y el disfrute de los productos creados por el propio esfuerzo.

Ahora se entenderá mi ejemplo de la isla sin amos. También bajo el sistema de posesión comunista anarquista queda sin amos, porque no hay quién pueda decir: "También el terreno no ocupado ni trabajado por mí es mi propiedad y no puede ser cultivado por otro si yo no lo permito". Contra esta pretensión habría valer la comunidad comunista el principio de que si todos tienen el derecho a la libre utilización de la tierra y los instrumentos de trabajo, nadie tiene el derecho de excluir a sus semejantes de un trozo de tierra que excede a su necesidad personal. La sociedad comunista anarquista podría demostrar, que si ni ella misma puede excluir al individuo de su natural derecho a las posibilidades de vivir, podrá mucho menos hacerlo un individuo frente a sus camaradas. El comunismo de una sociedad anarquista está fundado en primer lugar en el mantenimiento de la tierra y de todos los bienes esenciales de la vida sin amos, como el aire, el sol, la lluvia fertilizadora, el aroma de los bosques, el ozono de las costas del mar, pertenecientes a las riquezas prodigadoras de vida, cuya monopolización por algunos miembros de la colectividad, allí donde fuese posible, no se toleraría, y cuyo aprovechamiento individual sería garantizado a todos — ¡desgraciadamente, hoy sólo a los que pagan!

Además de esta preservación contra el monopolio de las riquezas sociales acumuladas por innumerables generaciones, aumentadas por las generaciones contemporáneas y que deberán serlo aún más por las venideras, el comunismo no tiene dentro de la anarquía un carácter limitativo del individuo. Tampoco significa la negación del concepto de propiedad, sino su liberación de todas las limitaciones impuestas por los monopolistas.

La garantía de seguridad que puede ofrecer el comunismo anárquico a los individuos para esta absoluta libertad e independencia en la situación económica, tiene ante todo, su raíz en la abundancia de todas las fuentes de sostén económico de la sociedad. El comunismo es imposible en una sociedad pobre y que viva penosamente si no son observados ciertos principios éticos, lealmente, en las condiciones desfavorables, como por ejemplo es el caso de los esquimales de Groenlandia, según los relatos del explorador del Polo Artico, Nansen.

Pero en fin, podría quedar una cuestión sin resolver, si la humanidad hubiese evitado en su bárbaro y brutal tipo primitivo el desarrollo de comunismo originario; es seguro que por el aprovechamiento de todas las posibilidades en todos los grados de la sociedad, el comunismo primitivo podría haber subsistido sin la propiedad privada que surgió del egoísmo y del temor a la miseria. Pero no importa cómo se pueda concebir éste problema, que descubre un conflicto entre las posibilidades económicas y las imperfecciones éticas de la naturaleza humana; lo cierto es que ha dejado de tener vigor. Actualmente la sociedad posee posibilidades de vida en abundancia para todos, hasta descuida el aprovecharlas y cultivarlas como podría y como lo sería posible, pues se deja guiar por el interés de la ganancia, de los altos precios, de la rentabilidad del capitalismo y por el interés de la conservación del Estado.

Por eso el comunismo es un fundamento social que no puede peligrar una vez que se ha establecido realmente. Por él llega la propiedad a ser algo colectivo e individual al mismo tiempo; colectivo como derecho de aprovechamiento, y de disfrute existente para todos, a consecuencia de la posibilidad de posesión y de adquisición individual.

La ciencia no debe ser considerada como una filosofía o un dogma que no quiere traspasar ciertos límites. La vida es algo así como un prisma cuyos tres lados son: La acción, el sentimiento y el saber. Cada uno es feliz a su manera. Algunos son por razones patológicas hombres de acción, materialistas. En el mundo del sentimiento, que incluye el arte, la música, las religiones, la literatura, etc., están los hombres cuyo extremo patológico culmina en el sentimentalismo. Su vida artística interior, es a veces tan intensa, que esa fuerza se expande y sale fuera y quieren conmovir al mundo y a veces hacerlo. En el tercer plano se hallan los hombres que pudiéramos llamar exclusivamente de intelecto, que se atienen a los hechos externos que pueden comprobarse y registrarse. Quieren conocer, descubrir causas, uniformidades, leyes, y sacan conclusiones. También hay entre ellos quien tiene un extremo patológico que es el saber por el saber.

De todos ellos, no cabe duda que los distintos. Debe tener en cuenta los últimos resultados e investigaciones científicas. La filosofía debe empezar en las últimas observaciones y experimentaciones de la ciencia. ANTONIO.

Una observación sigue siendo verdadera en la analogía de Fourier: "El águila arrebatada al carnero, que es la imagen del pueblo sin defensa. Como el águila, todo rey viene obligado a devorar su pueblo." No hay réplica a estas sabias palabras. Deseo sóloamente constatar que la aristocracia devora más carneros que la realza.

Siempre el mismo sofisma: "Sométos antes y luego se os darán las reformas; aceptad primeramente ser esclavos y luego os daremos la libertad". Absurdo evidente... Los oprimidos únicamente alcanzan la libertad entre sangre.

Siempre el mismo sofisma: "Sométos antes y luego se os darán las reformas; aceptad primeramente ser esclavos y luego os daremos la libertad". Absurdo evidente... Los oprimidos únicamente alcanzan la libertad entre sangre.

Siempre el mismo sofisma: "Sométos antes y luego se os darán las reformas; aceptad primeramente ser esclavos y luego os daremos la libertad". Absurdo evidente... Los oprimidos únicamente alcanzan la libertad entre sangre.

Siempre el mismo sofisma: "Sométos antes y luego se os darán las reformas; aceptad primeramente ser esclavos y luego os daremos la libertad". Absurdo evidente... Los oprimidos únicamente alcanzan la libertad entre sangre.

Siempre el mismo sofisma: "Sométos antes y luego se os darán las reformas; aceptad primeramente ser esclavos y luego os daremos la libertad". Absurdo evidente... Los oprimidos únicamente alcanzan la libertad entre sangre.

Siempre el mismo sofisma: "Sométos antes y luego se os darán las reformas; aceptad primeramente ser esclavos y luego os daremos la libertad". Absurdo evidente... Los oprimidos únicamente alcanzan la libertad entre sangre.

Siempre el mismo sofisma: "Sométos antes y luego se os darán las reformas; aceptad primeramente ser esclavos y luego os daremos la libertad". Absurdo evidente... Los oprimidos únicamente alcanzan la libertad entre sangre.

Siempre el mismo sofisma: "Sométos antes y luego se os darán las reformas; aceptad primeramente ser esclavos y luego os daremos la libertad". Absurdo evidente... Los oprimidos únicamente alcanzan la libertad entre sangre.

que han dado más libertad e intensidad a la vida son estos últimos.

La ciencia es impersonal. Es el estudio de todo lo que existe incluso las fuerzas misteriosas, si es que existen.

La ciencia busca descubrir las leyes de las cosas concretas y de sus transformaciones y exponerlas en los términos más sencillos que sea posible. Estos términos son los resultados inmediatos de la experiencia o los que se derivan de ella y que pueden verificarse fácilmente.

La filosofía por otra parte implica un reconocimiento, práctico, emocional e intelectual de un orden más elevado de realidad el cual es alcanzado por la experiencia de los sentidos.

La filosofía ve un universo invisible que a veces esclarece los enigmas del mundo observable.

Su lenguaje no es científico y no pueden ser los dos hablados a un tiempo. Los conceptos de la filosofía son trascendentes; los de la ciencia son empíricos.

El objeto de la filosofía (y también el de todas las religiones) es interpretación, no descripción.

Pero un punto importante es que la interpretación filosófica y la descripción científica, no sean inconsistentes.

Ciencia y filosofía son complementarias, y la filosofía debe ser congruente con el sistema científico establecido, aunque sean dos mundos completamente

## CUADROS DE LA GRAN CIUDAD

Por ZILLE



Ante la cocina de caridad

# PAGINA DE ARTE

## EL ARTE

### CONVERSACIONES DE RODIN

IV

#### El modelado

Aunque parezca asombrosa y fantástica la idea de contemplar a la escultura en otra luz que la del pleno día, no deja de ser instructivo analizarla a la luz artificial de una lámpara.

Seguramente la luz natural es la que permite mejor admirar una bella obra en su conjunto...

He hecho, sin embargo, la experiencia, iluminando de cerca con la lámpara, una pequeña reproducción de la Venus de Mediceo. La luz así dirigida descubre infinidad de relieves y ligeras depresiones que jamás se hubieran sospechado. Lo que a primera vista parecía simple, resulta en realidad, una complejidad extraordinaria.

¿No es esto maravilloso? Nadie esperaría encontrar tantos detalles; hay ondulaciones infinitas en el plano que une el vientre a las caderas de voluptuosas curvas...

Es de carne verdadera. Se la creería modelada con besos y caricias.

Y bien ¿Qué pensamos entonces del juicio que se tiene comúnmente del arte griego?

Se dice — es la academia, sobre todo, que ha difundido esta opinión — que los Antiguos, en su culto por el ideal, han despreciado la carne como vulgar y baja, y que se han negado a reproducir en sus obras los miles de detalles de la realidad material.

Se pretende que ellos han querido dar lecciones a la Naturaleza, creando, con formas simplificadas, una Belleza abstracta, que no se dirige sino al espíritu y no consiente absolutamente en halagar a los sentidos.

Y los que hablan así se autorizan con el ejemplo, que imaginan encontrar en el arte antiguo, para corregir a la Naturaleza, castrearla, reducirla a contornos secos, fríos y reñidos con la verdad.

Hemos constatado hasta qué punto se engañan.

Sin duda los griegos, con su espíritu poderosamente lógico, acentúan por instinto lo esencial. Acusan los rasgos dominantes del tipo humano. Sin embargo, no han suprimido nunca el detalle vivo. Se contentaron con envolverlo y fundirlo en el conjunto. Como estaban enamorados de ritmos tranquilos, atenuaron involuntariamente los relieves secundarios, que podían chocar con la serenidad de un movimiento; pero se cuidaron muy bien de borrarlos por completo.

Jamás hicieron con la mentira un método.

Llenos de respeto y de Amor por la Naturaleza, la respetaron siempre tal cual la vieron. Y en toda ocasión atestiguaron ardientemente su adoración por la carne. Es una locura creer que la desdijeron. En ningún pueblo, la belleza del cuerpo humano excitó una ternura más sensual. Un estrechamiento de éxtasis parece errar sobre todas las formas que ellos modelaron.

Así se explica la increíble diferencia que separa el arte griego del falso ideal académico.

Mientras que entre los Antiguos la generalización de las líneas es una totalización, una resultante de todos los detalles, la simplificación académica es un empobrecimiento, una vacía inflación.

Mientras que la vida anima y calienta los músculos palpitantes de las estatuas griegas, las muñecas inconsistentes del

arte académico están como heladas por la muerte.

Voy a confiaros un gran secreto. La impresión de vida real que sentimos delante de los griegos, ¿sabéis a qué se debe? — ¡A la ciencia del modelado!

Estas palabras os parecerán una banalidad, sin embargo váis a medir toda su importancia.

La ciencia del modelado me fué enseñada por un tal Constant, que trabajaba en el taller de decoración donde yo hice mi debut como escultor.

Un día, mirándome modelar en la tierra un capitel adornado con hojas, me dijo:

—Rodin, haces mal. Todas tus hojas se presentan planas. He aquí porqué no parecen reales. Procura entonces que lancen sus puntas hacia tí, de manera que, viéndolas, se tenga la sensación de la profundidad.

Seguí su consejo y quedé asombrado del resultado que obtuve.

—Recuerda bien lo que voy a decirte, repuso Constant. De ahora en adelante,

como salientes de los volúmenes interiores.

Me esforcé en hacer sentir, en cada inflación del torso y de los miembros, el afloramiento de un músculo o de un hueso que se desarrolla en profundidad bajo la piel.

Y así la verdad de mis figuras, en lugar de ser superficial, parece desarrollarse del interior al exterior, como la vida misma...

Ahora he descubierto que los Antiguos practicaban precisamente este método de modelado. Y es ciertamente a esta técnica que sus obras deben, a la vez, el vigor y su morbidez vibrante.

Observando concienzudamente una estatua griega, podemos notar también, como el color es una cualidad que tienen tanto los escultores como los pintores, contra la opinión generalmente admitida

Ved en la Venus de Mediceo esas luces fuertes sobre el seno, esas sombras enérgicas en los pliegues de la carne, esas semi-claridades vaporosas y como temblante, sobre las partes más delicadas de ese cuerpo divino, esos parajes tan finamente esfumados que parecen disolverse en el aire. ¿No es esa una prodigiosa sinfonía en blanco y negro?

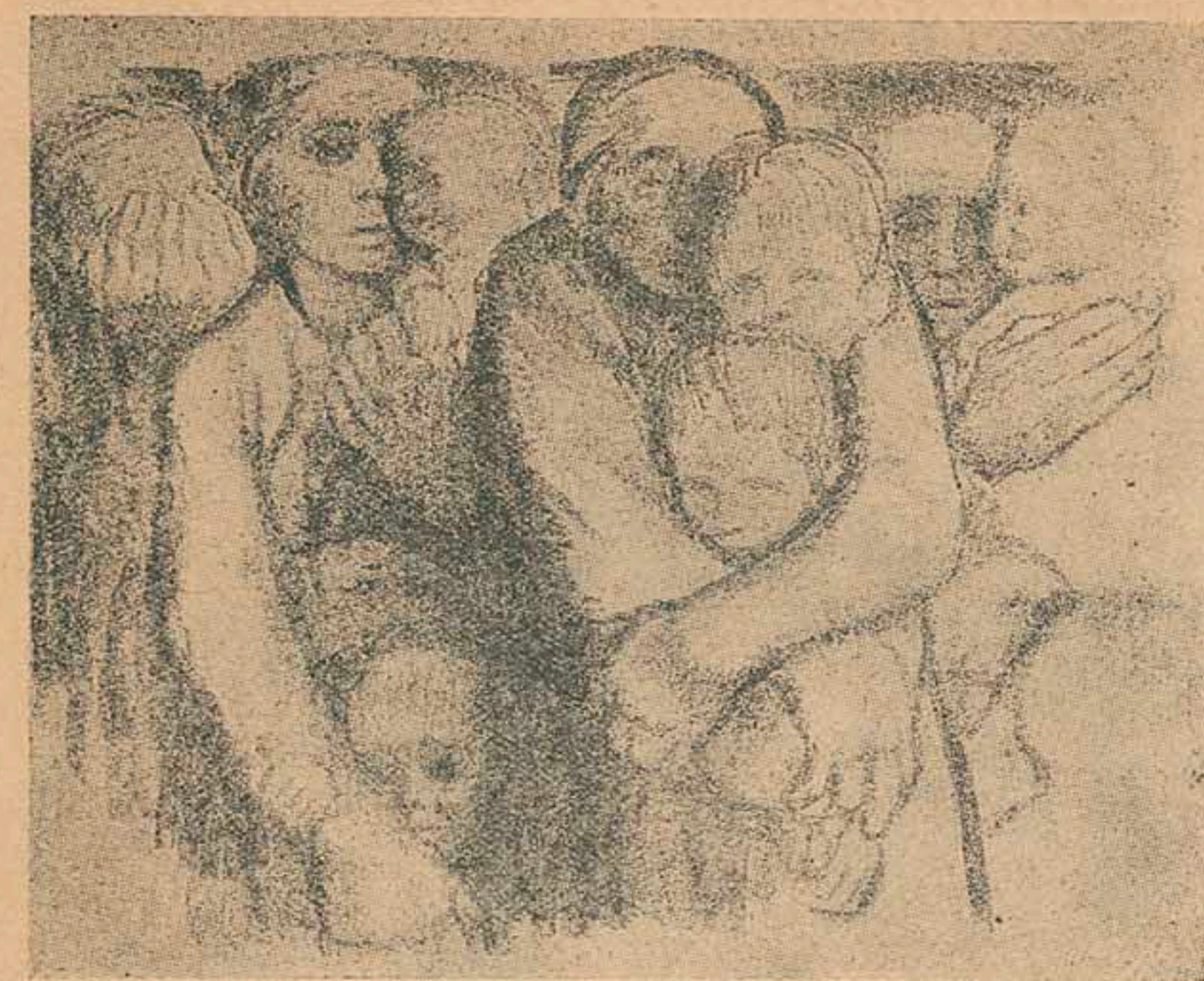
Por paradójal que parezca, los grandes escultores son tan coloristas como los mejores pintores o más bien, como los mejores grabadores.

### DEL FALSO ARTE

Trata este artículo, del falso arte, encarado desde el punto de vista literario. Con un poco de agudeza, otro poco de fantasía y bastante sinceridad, puede, sin embargo, aplicarse a las demás manifestaciones artísticas. Es que no es más que un llamado a la naturalidad, a la sencillez, a lo que Longfellow reputaba "suprema excelencia en todas las cosas".

Dejemos el arte y los procedimientos artísticos a los que se sienten artistas, cuyo número no abunda, por cierto. Nosotros, que formamos la mayoría del público, contentémonos con deleitarnos, leyendo las bellas prosas, buscando de afinar y multiplicar, por el estudio y la observación, nuestros goces espirituales. No creemos engrandecernos, poniéndonos en condición de hacer — fácil o laboriosamente — "imitaciones", detestables "simill".

Nada hay más odioso que el falso arte. Es, precisamente, ahí, donde concluyen por encallar, infinidad de personas muy buenas, talentosas, sinceras, que teniendo algo que decir, lo dirían bien, si se limitasen a enunciarlo con corrección y propiedad. Pero la corrección no les



MADRES, por K. K.

fabrican facsimiles Anatole France o Henry Regnier, al por mayor. No deseo entablar polémicas y no citaré a muchos de mis contemporáneos que confeccionarán todavía kilos de falsa prosa de arte. Entre ellos se cuentan varios "ilustres", como se cuentan los que han ganado mucho dinero. Se puede encontrarlos en la Academia y fuera de ella. A veces un crítico, evidenciando que las falsificaciones son falsificaciones, y que el "camalote" es simplemente "camalote". Pero no. Lo mejor sería que nosotros, lectores, nos ejercitáramos en nuestras lecturas a discernir, entre los verdaderos artistas, y los industriales que fabrican "imitaciones".

Aprovechemos, pues, ante todo, esos ejemplos. Permitámonos que la prosa de arte ejerza todos sus encantos sobre nuestra imaginación, pero no pongamos en ella nuestras manos pecadoras, con simiescos anhelos imitativos. Me refiero a los pobres diablos como yo, que no tienen el derecho de creerse con el don divino y saben muy bien que no están destinados a realizar el negocio de su vida con la literatura. Maestros, críticos, oradores parlamentarios y hasta jefes de Estado, nosotros podemos decir todo lo que tenemos que decir, enunciadlo con exactitud, corrección y simplicidad. El novelista mismo, no está obligado a ser un artifice de la prosa y Balzac habría hecho mejor en no intentarlo; pudo escribir muy bien, si se hubiese hecho un estilo de acuerdo con sus observaciones, si no hubiese buscado "efectos de arte", en cuyo intento fracasó lamentablemente. Es el mal de la literatura presente, por no decir del arte en todas sus manifestaciones. Demasiada gente habla y escribe en artista, y no nacieron para ello, no han así mismo trabajado para conseguirlo, y al decir trabajado, pretendo significar que no lo hicieron en la medida que se puede hacer, cuando se sabe lo que se quiere y se siente que se puede. Y en todas partes hay "efectos de arte"; en la primera página del diario en el discurso del ministro o del diputado de la oposición; se los puede ver en las revistas populares más difundidas que, con ellas, difunden el mal de un extremo al otro del país. Un maestro al final de una carta enérgica y escrita con cierta propiedad, engancha a su prosa una palabra artística, "avatares", supongamos, palabra que él no entiende bien y que podría emplear en cualquier sentido, sin que su frase resultase mejorada. Es deplorable. El mal estilo altera los espíritus y hecha a perder la simplicidad del sentido natural. Es malsano vivir falsamente, aunque no se trate más que de un ambiente de falso arte.

Cuanto más fervorosamente se admire a Rabelais o Rousseau, Chateaubriand o Flaubert, más nos penetrará el explen-

dor y fineza de sus prosas y más, naturalmente, deberá disgustarnos la idea de inflar la masa de la prosa vulgar que pretende llegar al arte sin lograrlo. No imitemos al sapo de la leyenda, hinchándose para llegar al tamaño del buey. Busquemos que el amor inenajenado a las obras maestras, mitya en nuestro odio contra la vulgaridad y en nuestra firme intención de — mantenernos — naturales. Igualar el estilo de Mme. Roland, Napoleón, Lacordaire, Thiers o Cousin, quizás no sea deseable. Pero asimismo, ¿cuanto no nos tocaría penar, a nosotros, pobres transeúntes de esta vida, simples obreros, para ponernos siquiera al nivel de esos personajes que hicieron un arte inferior? Cuidemos de poseer para nuestro exclusivo uso una buena prosa limpia, naturalmente correcta, y donde las palabras no tengan otra finalidad que servir al pensamiento. He ahí la tarea al alcance de nuestras luces.

Luego, deleitémonos todo lo que podamos, cada vez más, si es posible, con las maravillosas creaciones de los raros que pudieron crear. Por el comercio que con ellos tendremos, afinarán nuestros gustos y multiplicarán nuestras fuentes de goce a medida que penetremos el millagroso misterio de sus técnicas.

Nos elevarán por encima de las emociones banales, con las que tantos lectores degradan las obras maestras, buscando en ellas lo que las intrigas de una obra folletinesca podría darles: la palpitación de las periferias de una historia, la sorpresa de los accidentes.

Y puede ser que un día, después que no nos habremos aplicado más que a pensar bien por nuestra propia cuenta, escribiendo con sencillez y humildad, expresándonos naturalmente, puede ser que un día, gracias a esta firme voluntad, de ser nosotros mismos, alguien hojeando nuestros manuscritos, papeles profesionales, correspondencia de negocios y de amistad, note un acento, un efecto donde por un instante y sin proponérselo, nuestra prosa práctica se habrá revertido con el suave centelleo de la prosa de arte.

¿Originalidad? Originales en mayor o menor grado lo somos todos, puesto que en la naturaleza no hay dos hojas de un mismo árbol que sean idénticas. Lo necesario es aparecer ante los ojos de los que nos juzgarán, — amigos o desconocidos, — como aquel que hubiera podido, más bien que como aquel que no pudo.

G. LANSON.

### Cuadros de la gran ciudad

Por ZILLE



LA TABERNA

cuando modelos, no veas jamás formas en extensión, sino siempre en profundidad... No consideres jamás una superficie sino como la extremidad de un volumen, que él dirige hacia tí. Así adquirirás la ciencia del modelado.

Este principio fué para mí de una asombrosa fecundidad.

Lo apliqué en la ejecución de figuras. En lugar de imaginar las distintas partes del cuerpo como superficies más o menos planas, yo me las he representado

Manejan tan hábilmente todos los recursos del relieve, unen tan bien la audacia de la luz a la modestia de las sombras, que sus esculturas son sabrosas como las más espléndidas aguafuertes.

Ahora bien, el color — y es a esta constatación que quería llegar — es como la flor del buen modelado. Estas dos cualidades se acompañan siempre y son ellas las que dan a todas las obras maestras de la estatuaría el irradiante aspecto de la carne viviente.

basta, aspiran a la belleza. ¡Y es lastimoso!

Me sería muy fácil ofrecer ejemplos de falso arte: falso naturalismo, falso Zola, falso Goncourt, falso Renan, toda suerte de prosa, en fin, cuyo brillo prestado y cuyos "toes" de que están plagadas, hacen que, siendo solamente de ayer resulten envejecidas, ridículas, "demo-dee". Por otra parte, no escasean las tahonas literarias, donde diariamente se

## LIBROS

### Errico Malatesta, das Leben eines Anarchisten

Toda idea que evoluciona, que vive, no ha llegado a cristalizarse y a tomar una forma definitiva, es dependiente de su historia. Su conocimiento equivale al conocimiento de la trayectoria seguida en su proceso de desarrollo. Y esto que es verdad en general, lo es más aún, si cabe, cuando se trata del anarquismo. Para penetrar en la esencia de esta idea revolucionaria, hay que conocerla en sus expresiones históricas. El anarquismo que hace abstracción de nuestro pasado, de las cosas viejas, obediendo al prurito de la originalidad, que dirige una mirada de menosprecio al medio siglo de actuación y de propaganda de nuestras ideas, se coloca al margen del anarquismo, porque este es una fuerza revolucionaria que actúa como una fuerza histórica de progreso y de renovación y si es susceptible de admitir rectificaciones de dirección y de orientación, de conceptos y de puntos de vista, no lo puede hacer sino en correspondencia con su pasado, con su recorrido en la realidad, con el total proceso de su desenvolvimiento. Todos los influjos del exterior, que obran sobre el contenido espiritual del anarquismo, no tienen eficacia sino son en cierto modo sancionados por el pasado, por el medio siglo, o poco más que hace que se presentó en la escena de las fuerzas de la revolución, la interpretación específica del anarquismo.

En una palabra, la idea anarquista es inseparable de su historia, precisamente porque es una idea impulsora de un movimiento, porque ese movimiento sigue su curso, y porque esa idea en sí, como ese movimiento sin esa idea son incompatibles; se nutren y se sostienen mutuamente; su desacuerdo es su fracaso y su desastre inevitables.

Además, las mejores lecciones para el porvenir están indudablemente en la experiencia, y la experiencia es el pasado. Para "renovar" el anarquismo, para in-

yectarle nuevos valores" hay que conocerlo en su trayectoria histórica. En su trayectoria es donde está la fuente más pura de inspiración para descubrir y explorar nuestros horizontes, es decir, para imprimir un nuevo curso al anarquismo, necesidad inventada después de la revolución rusa para conciliarlo con la idea de "dictadura de clase", — hay que justificarse en su desenvolvimiento histórico. De lo contrario, esa ansia de "nuevos valores" lleva a un alejamiento de la significación revolucionaria del anarquismo, a una desviación.

Ahora bien, el anarquismo tiene su historia, pero nadie se ha preocupado hasta ahora seriamente de registrarla. En la imaginación de nuestros camaradas, vive un esbozo gris de un pasado heróico, suenan en su cerebro los nombres de algunas figuras representativas, pero no pueden concretar sobre la historia del anarquismo nociones concisas y claras. Y conocer nuestra historia es conocernos mejor a nosotros mismos, determinar más exactamente la magnitud de nuestras tareas, templar la voluntad para las luchas y educar el espíritu para la consecuencia con el contenido de las propias ideas, de los propios métodos y de las propias aspiraciones.

Claro está, el concentrar cincuenta años de propaganda y de acción tan vastas y múltiples como son las que desarrolló el anarquismo hasta aquí, no implica sólo una gran voluntad, sino una capacidad y una amplitud de espíritu no comunes en todos. Pero la historia del anarquismo es necesaria y todo esfuerzo en ese sentido merecería la más viva aprobación entre los amantes de la idea de libertad.

Max Nettlau es uno de los hombres que conocen más el movimiento anarquista. Su biografía monumental de Bakunin es el estudio más acabado que se produjo sobre la vida del gran revolu-



¡FATALIDAD!, por K. K.

cionario. Sus contribuciones a la prensa anárquica son con justicia apreciadas desde hace muchísimos años y su personalidad laboriosa es altamente considerada en los círculos intelectuales del anarquismo internacional. Toda producción de Max Nettlau es preferentemente de carácter histórico. Pero en nuestro dominio es nuestra primer figura, nuestro más culto y más preciso historiador.

Recientemente ha dado a la publicidad una nueva obra. Se trata de la vida de Malatesta (Edición "Der Lyudikalist", Berlín) Todos sabemos lo que Malatesta representa en la historia del anarquismo, y conociendo la capacidad de Nettlau, el valor del nuevo libro, *Errico Malatesta, das Leben eines Anarchisten*, está sobradamente garantizado. Los elogios están demás. Nada dará una idea de lo que el nuevo libro de Nettlau contiene como la transcripción de los veinte capítulos de que se compone.

I La juventud de Malatesta en Santa María de Capua (1853 — 1870) — II El comienzo del socialismo italiano y la actividad de Bakunin en Italia hasta el año 1867 — III El socialismo en Nápoles desde 1867 hasta 1870 — IV Malatesta y la Internacional en Nápoles, comienzos de 1871 hasta el verano de 1872 — V Bakunin y Mazzini; la Internacional Italiana desde 1871 hasta agosto de 1872 (conferencia de Rimini) — VI Primer encuentro de Malatesta con Bakunin en septiembre de 1872 — VII La Internacional italiana en el año 1873; el Congreso de Bolonia; Bakunin y Caffero — VIII La insurrección de 1874; Malatesta en Castel del Monte (agosto de 1874 — IX El proceso de Trani y otros sucesos de agosto de 1874 hasta el verano de 1876 — X Los Congresos de Florencia y Berna (octubre de 1876); el comunismo anárquico — XI La insurrección de Benevento en abril de 1877 — XII Los dos primeros años de destierro (Egipto, Suiza, Francia, Bélgica, otoño de 1878

hasta marzo de 1881) — XIII El primer destierro en Londres, marzo de 1881 hasta principios de 1883 — XIV Malatesta en Florencia, 1883—1884 ("La Cuestione Sociale; destierro sudamericano, 1885—1889—XV Malatesta en Niza y en Londres (La Associazione, 1889—1890); segundo destierro en Londres, otoño de 1889 hasta el comienzo de 1897 — XVI Ancona ("La Agitazione", 1897—1898; prisiones, deportación a una isla; huida; viaje por América; tercer destierro en Londres, principios de 1900 hasta comienzos de 1913 — XVII Ancona ("Volontá", 1913—1914); la rebelión de la Romagna y Ancona, junio de 1914; Cuarto destierro en Londres, verano de 1914 hasta el fin de 1919; la guerra — XVIII Vuelta a Italia (fines de 1919); Malatesta y "Umanità Nova" (Milán), 1920 — XIX Actividad de Malatesta en Italia desde enero hasta octubre de 1920 — XX Detención de Malatesta (octubre de 1920); prisión y proceso (julio de 1921) La segunda "Umanità Nova" (Roma, desde 1921); su actividad actual; conclusión.

En esos veinte capítulos sigue Nettlau la actividad de Malatesta y del anarquismo en general. He aquí un libro que resalta por su mérito histórico en nuestra bibliografía, un libro que merece ser leído, consultado y meditado. Es la vida del hombre que influyó más después de Bakunin en el anarquismo revolucionario. Leer esas páginas que reflejan el pasado, es abrir hacia el porvenir la ruta más segura. Libros como este, no pueden menos de enorgullecernos y de alentarnos.

Ivan KOLLAR.

*Los compañeros de la Argentina y en general todos los de habla española, pronto tendrán ocasión de conocer este libro cuya traducción está activando un camarada de reconocida capacidad, por encargo de la Editorial LA PROTESTA.*

## Protocolos

En los países en que la socialdemocracia ha logrado una posición de predominio, el movimiento anarquista ha recibido una triste herencia burocrático-marxista: el protocolo. El protocolo suele ser un disfraz socialista de la legislación, del espíritu legalitario y del estatismo. Quiere decir a los adherentes o partidarios de una doctrina revolucionaria: "desconoced las leyes oficiales, pero respetad las resoluciones aprobadas en nuestros congresos; no prestéis obediencia a la legislación oficial vigente, pero cumplid religiosamente las prescripciones consignadas en nuestros protocolos". Un protocolo quiere suplir la falta de un catecismo o de una cartilla cívica.

El espíritu autoritario no quiere dejar un momento al hombre entregado a la libre espontaneidad de sus impulsos; suprime un Estado por otro, una ley por otra, una cadena enmohecida por una nueva. Y como teme horrorosamente a la libertad, cuando llega a la audacia de suprimir la red esclavizadora de la legislación vigente, pone inmediatamente en ese vacío temible las resoluciones revolucionarias y propaga el deber de obedecerlas. Pero no cesa en ese punto; como la obediencia libre no es suficiente garantía del cumplimiento de tales resoluciones, toma de la herencia burguesa un nuevo instrumento: la disciplina. Y siguiendo

en este tren lógico de concesiones al autoritarismo, no se tarda en recurrir a un nuevo expediente para aplicar la disciplina: el gendarme, el juez y el verdugo, dénese los nombres que se quiera e invístaseles de cualquier color. Puestos en el camino de la autoridad no podemos mantenernos sin contacto con el despotismo. El instrumento que nos suponemos capaces de dominar a voluntad, nos vence y esclaviza. Individualmente, cada estadista, cada tirano es un hombre como todos los demás, susceptible de abrigar sentimientos honrados y humanitarios. Hasta es posible que tenga la firme y sincera intención de emplear el instrumento estatal en beneficio de los pueblos. Pero es víctima de un espejismo autoritario: cree ser dominador del aparato estatal, y es el aparato estatal el que lo domina a él.

Por disfrazado y simulado que se presente el concepto socialdemocrático del protocolo, no por eso contiene menos todos los vicios del estado de cosas que se desea combatir. En los países en que la socialdemocracia no ha llegado a ser gobierno oficial, el protocolo se asocia a la disciplina, y la disciplina a diversas penalidades partidistas; por donde llegó al poder, la disciplina de partido y el protocolo están en íntima comunicación con la Tcheka, con la prisión y con las más irritantes severidades de la esclavización humana.

## CUADROS DE LA GRAN CIUDAD

Por ZILLE



En el policlinico

Los anarquistas, sobre todo los anarquistas de los países germánicos, escandinavos y eslavos, han adoptado también el sistema protocolar. Toda reunión, todo congreso, etc., deben tener un coronamiento lógico: una resolución, un protocolo. Y el protocolo es considerado como lo esencial y como la razón de ser de un congreso, de una reunión, de un cambio de opiniones entre varios camaradas. Quizá se deba a esto el escaso eco popular que tuvo en esas regiones el anarquismo. Nuestros camaradas germánicos se preocupan demasiado de burlar proyectos y mociones, estatutos y declaraciones de principios; se preocupan tal vez más de esto que de propagarlos, de difundirlos, de llevarlos al conocimiento del pueblo. Donde el anarquismo se ha mostrado siempre más pujante, es preciso realizar no fáciles investigaciones para dar con la concreción protocolar de algún congreso. En España, por ejemplo, el historiador tropieza con esa gran dificultad, con esa carencia de documentos escritos del anarquismo; pero en cambio puede conocer nuestro movimiento siguiendo la trayectoria de los hechos, de las insurrecciones, de los triunfos y de los fracasos que los militantes anarquistas españoles determinaron o en los cuales actuaron. En Alemania, en Suecia, en Noruega, en Rusia, etc., un historiador del anarquismo se encontrará con profusión de documentos históricos escritos sobre las reuniones y los congresos; pero aún en ellos mismos, cuando quiera seguir el desarrollo de un movimiento anárquico popular, hallará no pocas dificultades. Y es que en los protocolos existen resoluciones en su mayoría como letra muerta y en los movimientos se encuentran las resoluciones vivas del espíritu anarquista. Naturalmente, sería bueno que todo esfuerzo revolucionario hallara su concreción escrita para servir de ejemplo y de estímulo a las generaciones venideras; pero si hemos de tener solo documentos históricos puramente protocolares, sería preferible que

careciésemos de toda clase de documentos, porque los protocolos sin un eco correspondiente en la historia del anarquismo, señalan una conversación más o menos ingeniosa y profunda entre varios camaradas, pero sin consecuencias ulteriores y desprovistas de significación histórica real. Los anarquistas, en comparación con los socialistas autoritarios, no pecan por su excesiva afición a los congresos y por consiguiente a los protocolos, pero, comparados consigo mismos, aún se exceden por lo general, de los límites justos. De tanto en tanto se olvidan que las mejores resoluciones no son las que se concretan en el papel, sino las que surgen de las luchas cotidianas; se olvidan que adoptar una resolución es más fácil que cumplirla y que adoptarla sin cumplirla es dar muestras o de que es impracticable, o de que es inoportuna, o de que es inútil. Nosotros no podemos seguir la táctica de los partidos socialdemócratas, cuyos protocolos son leyes y cuyas leyes han creado un sistema disciplinario que obliga a su cumplimiento. Un congreso nuestro es la coronación de una labor previa y el principio de una nueva labor. No es nunca una meta, en la que podemos descansar después de haber llegado. Hay camaradas que cifran todos sus esfuerzos en hacer adoptar en los congresos sus mociones; se preocupan de eso, pero no tanto de que lleguen a convertirse en realidad. Es natural, un noventa y nueve por ciento de los congresos se llevan a cabo sin perspectivas de éxito, porque son la expresión puramente individual de unos cuantos camaradas, no lo que debían ser, una especie de labor colectiva, de conjunción de voluntades y de pensamientos asociados en el más amplio círculo posible. Para explicarnos mejor, tomemos el caso del próximo congreso sindicalista internacional: tiene su tradición protocolar en Berlín. Pero un historiador se equivocaría si sostuviese que, esa tradición protocolar, fué la inspiradora y la

creadora de la asociación internacional de los anarquistas sindicalistas y de los sindicalistas revolucionarios, contra las Internacionales de Amsterdam y de Moscú. La idea de un congreso mundial de los sindicalistas inspirados por el anarquismo nació en todos los países después de la bancarrota de la Sindical Roja. Los españoles dicen que esa idea les pertenece; los italianos lo mismo; los alemanes presentan los protocolos de esas conferencias de diciembre de 1920 y de junio de 1922; la Argentina podría reclamar idéntica paternidad. Pero lo

cierto es que la idea, pese a los informes protocolares, no pertenece a nadie en particular y pertenece a todos los anarquistas sindicalistas del mundo. El próximo congreso internacional sindicalista es celebrado bajo el auspicio de resoluciones vivas, de necesidades sentidas y comprendidas universalmente. Hay derecho a esperar que tendrá su significación histórica. Con protocolos o sin protocolos.

D. A. de SANTILLAN

Berlin, 20 de noviembre de 1922

## El sindicalismo y los sindicatos

Si es verdad que el sindicalismo no puede existir sin los sindicatos, no es menos cierto que los sindicatos puedan existir sin el sindicalismo. Aunque nos coloquemos en el punto de vista marxista de que los trabajadores están fatalmente predestinados a cumplir una misión histórica ineludible, no por eso tenemos menos graves objeciones que hacer a esas corporaciones obreras "sindicalmente organizadas" que añaden al lastre de la esclavitud económica y social del régimen capitalista, nuevos impedimentos y nuevas barreras contra la pretendida misión histórica del proletariado. Porque los sindicatos obreros en que el sindicalismo no existe son las trabas, las cadenas más poderosas de la acción, y del pensamiento revolucionario. La corporación obrera en sí misma, sin un objetivo que la justifique y la anime, no tiene más valor ideológico y revolucionario que el que tendría una corporación formada a base de la igualdad de talla, de raza o de color. Si dos trabajadores mentalmente esclavos se asocian bajo la férula de unos reglamentos, siguiendo siendo tan esclavos como antes, y si por su propia voluntad o por coerción externa deben cumplir y ajustarse a dichos reglamentos, se hacen más esclavos que lo eran antes de la asociación, sin una actividad revolucionaria, los simbolismos de obrar según la iniciativa propia y según la propia independencia. Sin una finalidad, sin una orientación, porque, desorganizados, tenían más proclama, por el hecho de que agrupen hombres de trabajo, como el cuartel agrupa jóvenes de una edad determinada, pueden estar absolutamente distanciados del sindicalismo, entendiéndolo por sindicalismo el instrumento de liberación específico de los trabajadores. Es cierto, los sindicatos sin sindicalismo, los sindicatos marxistas o los que proclaman en sus estatutos la idea del sindicalismo puro, que son solo una derivación simulada de los primeros, son susceptibles de realizar ciertos actos contra la burguesía; pero igualmente los podrían realizar las tropas regulares nacionales; es decir, esas corporaciones sindicales ajenas al sindicalismo pueden ser magníficos instrumentos en manos de sus conductores, de sus jefes, de sus comisiones administrativas, de los partidos que las tutelan, para apoyar una resistencia socialdemócrata contra la tentativa putschista de Kapp, para sancionar las claudicaciones del gobierno bolchevique, para rivalizar en chauvinismo con los cuarteles, — como hemos visto en la guerra de 1914-18; pero esa no es labor revolucionaria, ese no puede ser el objetivo del sindicalismo.

Para que el sindicalismo sea una antorcha en el camino de la revolución, ha de comenzar por estimular la vida mental independiente de cada miembro, capacitarlo para comprender por sí mismo su situación y la alianza estrecha de su bienestar con el bienestar colectivo; ha de fundamentarse en principios que no contradigan los principios que deben condicionar la sociedad futura, pues los medios no son indiferentes para llegar a los fines, como pretenden los jesuitas de Loyola y los jesuitas de Carlos Marx. Las corporaciones obreras erigidas sobre la base de "misión histórica fatal" del proletariado, pueden llegar a conquistar un gobierno, a llenar las cámaras de diputados obreros, pero no les es posible hacer la revolución, por las mismas razones que no la haría el ejército, aunque trocace sus banderas y enseñe nacionalistas por la bandera roja de los socialistas autoritarios.

Una verdadera revolución no puede llegar a producirse sin el individuo, sin la libertad. Y en los cuarteles y en los sindicatos ajenos al sindicalismo, la libertad es un prejuicio de "insubordinación" o "pequeño burgués" que debe ser desplazadamente combatido y extirpado. Veamos el ejemplo desconsolador de Alemania. Este país, en total, cuenta con trece millones de obreros organizados, pero el sindicalismo verdadero prospera en organizaciones que no alcanzan a un total de doscientos mil asociados. Sin embargo, la idea revolucionaria vive en esta minoría, y no sólo ha muerto en aquella mayoría, sino que es combatida, obstaculizada, sofocada por ella. Alemania puede considerarse como el país ideal de los partidarios de la organización obrera que sean enemigos de la revolución social. La sindicalización en la Alemania de Ebert como en la Rusia de Losowsky, como en la Suecia de Branting es obligatoria; esta es la idea genial que surgió en el cerebro del funesto Martínez Anido, ex gobernador de Barcelona. Pero las probabilidades de revolución emancipadora y libertadora están en progresión adversa con el desarrollo de estos sindicatos legales. Si alguna vez la revolución llega en estos países a ponerse a la orden del día, tiene que operar al margen de estos sindicatos antisindicalistas, y no solo debe operar al margen de ellos, sino que tiene que destruirlos como es preciso que destruya todas las instituciones esclavizadoras y encadenadoras de la humanidad. La organización central alemana tenía en 1920 nada menos que 9.192. 892 miembros; en 1921 ha disminuido un poco, pero sin embargo, el número de asociados

no bajó de 8.778.918. Esa organización central alemana está compuesta de tres organizaciones adheridas: la *Unión Sindical General Alemana*, con siete millones y medio de miembros, los *Sindicatos Cristianos*, con un millón y la *Gewerksverein* (M-D), con unos doscientos cincuenta mil asociados.

El mismo eclesiástico y la tercera es políticamente neutral. No obstante, en la *Allgemeiner Deutscher Gewerkschaftsbund* (Unión sindical general alemana) están contenidas también las principales fuerzas comunistas sindicales, los sindicatos de los socialdemócratas independientes y algunas otras tendencias más. Fuera de la organización central alemana están los anarquistas sindicalistas de la F. A. U. D., la *Allgemeiner Arbeiter Union*, la F. A. U. D. de Geseukirchen, las fuerzas del partido comunista obrero, etc., etc. Fuera de la organización central hay unos cuatro millones y medio de obreros organizados, pero aparte de la F. A. U. D., anarquista sindicalista, con su reducido número de 150,000 asociados, ninguna organización tiene una tendencia definida. Tomemos por ejemplo, la *Allgemeiner Arbeiter Union*; viene a ser un equivalente de la *Unión Sindical Argentina*; reconoce en sus estatutos como fin la sociedad anarquista, pero adopta como medio la dictadura de clase del proletariado; dominan en ella tres tendencias principales: la anarco-dictatorial, la bolchevista y la puramente sindicalista. Defiende el frente único del proletariado, aunque no incondicionalmente, pues lleva como base la organización de los consejos de fábrica, tal como en un cierto tiempo, muy corto sin duda, se expresaron en Inglaterra como reacción contra el centralismo de las *Trade Unions*. La A. A. U. es ciertamente simpática en Alemania como un esfuerzo, como una reacción contra el poder absorbente de la organización central; además existe en ella el germen sano de la evolución y cuando pase el actual desconcierto sindical y los comunistas pierdan el prestigio ganado con la explotación de la revolución rusa y se generalice entre los trabajadores la visión exacta de lo que es la "dictadura del proletariado", no es improbable un acercamiento entre la F. A. U. D. y la A. A. U. Una de las principales figuras intelectuales de la A. A. U. es Franz Pfemfert, que no podrá olvidar sus orígenes anarquistas. Si es deseable o no el acercamiento no queremos discutirlo aquí; pero digamos que todo esfuerzo dirigido en el sentido de la destrucción de la organización central alemana, que oficia de piedra angular de la dominación socialdemócrata, es un esfuerzo revolucionario. Los obreros reclutados en

la organización central alemana son fuerzas restadas a la revolución, son instrumentos de la conservación del régimen existente, son marionetas de la reacción. No es bastante título el de asalariado para ser revolucionario; porque el sindicato obrero puede ser antisindicalista. El término de asalariado es tan amplio que puede poner en un mismo plano a los trabajadores revolucionarios con los asalariados de la contrarrevolución. Las instituciones policiales están compuestas por asalariados. Individualmente, cada policía es una víctima del régimen existente. Marx no puede rehusarles el título de instrumentos de la "misión histórica fatal" que asigna a los trabajadores; los apóstoles del frente único del proletariado no tienen derecho a rehusar el abrazo fraternal y sindical a los esbirros. En la organización sindical central alemana se dan casos de hallarse como miembros asalariados que ganan el pan de cada día en un trabajo que responde al encadenamiento de los trabajadores. Para el sindicato antisindicalista esto no tiene importancia. Los socialistas democráticos de la *Allgemeiner Deutscher Gewerkschaftsbund*, como los eclesiásticos de *Christlichen Gewerkschaften* han llevado la educación sindical a un grado tan elevado que no causa extrañeza alguna a sus afiliados el ver llegar al *Führer* del sindicato en un automóvil confortable a las asambleas, donde se digna pronunciar un breve discurso, recomendando las sagradas virtudes de la disciplina y la subordinación. ¿Por qué, si tenemos en cuenta los trece millones de obreros organizados, no se vislumbra la revolución en Alemania? Sin duda alguna porque las fuerzas de la revolución no están en situación de hacerla. La organización obrera no es forzosamente una organización revolucionaria; al contrario, Alemania, Inglaterra, Suecia, Rusia, Francia, Bélgica, etc., nos dan la mejor prueba de que el sindicato de trabajadores puede ser enemigo del sindicalismo y de la revolución. Si el sindicalismo no existe en los sindicatos, los sindicatos pueden existir sin el sindicalismo.

Trece millones de obreros organizados es una cifra respetable. Pero el espíritu revolucionario puede manifestarse antes y mejor en las masas desorganizadas que en las masas organizadas simplemente sobre la base del salariado, y subyugadas por la disciplina del sindicato. Esos trece millones de obreros sindicalizados en Alemania no son, hechas las excepciones, como la de la F. A. U. D. anarquista sindicalista, fuerzas de revolución; antes bien, vemos en los ocho millones de la organización central alemana sindical, instrumentos de conservación y justificación de lo existente.

Sebastián MADRID.

## EL TERROR

Brochazos de la represión de Barcelona

III

Cuando la huelga de matarifes y enterradores, decía el monstruo:  
— O matan o mato. O enterran o entiero.

Orden de detención de un propagandista:  
— Que me lo traigan vivo o muerto.

— ¿Qué piensas que voy a hacer contigo, ahora que te tengo en mis manos?

— Si haces la guerra como un caballero, dame la libertad. Si la haces como un mercader, poner precio a mi cabeza. Si la haces como un camicero, entregarme a los sicarios, que abajo me esperan, puñal en mano, para degollarme.

Comía con la pistola allado de la cuchara. Y empuñaba alternativamente la cuchara y la pistola.

Decían de él sus admiradores que tenía dos borlas más que los otros hom-

bres, borlas que le pendían debajo de la nuez. Y era porque ponías los testos por corbata para que todo el mundo se los viera.

Anunciaba siempre los viajes dos días después que los había hecho.

Recibía las visitas con el revolver amartillado.

A lo mejor se perdían las borlas de Su Excelencia, y toda la nación se preguntaba, alarmada, dónde se encontrarían, adónde habrían ido a parar.

Dormía con un guardia a cada lado.

Soñaba de noche que atentaban contra su vida, y se levantaba sobresaltado y se llaba a tiros con la araña, que colgaba del techo de su habitación.

Vengo a pedirle que ponga a mi hijo en libertad.

No puede ser. Déjeme siquiera verlo. En el cielo os veréis.

¡Y era padre de una hija!

He venido a vaciar las cárceles y a llenar los cementerios.

¿Qué hacemos con este? Que se las entiendan "esos" con él.

¿Tú eres la madre de ese bandido? Sí falta usted a mi hijo le meto una horquilla por los ojos.

¿Con que tú eres el secretario del Único de la Madera? Pues ahora vas a ver madera.

Le ha visitado una Comisión de fuerzas vivas, se ha postrado de bruces ante él y le ha dicho:

Esperamos, Excelencia, que nos concederá la gracia de besar sus reverendos testículos.

Erais como pólvora, como yesca o nafta derramada sobre un montón de paja. A vuestro lado crepitaba, ardía y se incendaba todo.

Chispas en medio del humo de la multitud. Aseñas bajo los montones de leña humana de los mifines sociales.

El pueblo, privado de vuestra palabra y de vuestra luz, anda a tientas y siente que se ha quedado totalmente vacío de sus ojos.

La vida, vida de vosotros, llora por sus flancos flacos y secos.

Los talleres semejan tenebrarios. Silencio y pavora eterna reinan en ellos.

En vuestras manos, el hierro no había sido nunca un instrumento de muerte y de homicidio.

Los presos rechazan el rancho y se niegan a comer. Si no comen rancho tendrán que comer plomo.

Quiere bajarnos la vista a todos los que tenemos la manía de mirar al cielo y de andar con la nariz para arriba.

Pedíais a Dios que vibrara un rayo contra su frente, y Dios no os oía.

Os escribían los chicos desde las remotas deportaciones:

"Camino pisando la sangre que chorrea de las muñecas desolladas y mordidas por la cadena.

Anoche le ha tocado al mío. ¿Qué casa hay que no tenga su muerto?

Os disperaban treinta veces, y ni treinta agujeros eran, a lo mejor, suficientes para que corriese vuestra sangre, ni treinta ventanas bastaban para que se os escapara la vida.

IV — Mi general, hemos cobrado cuatro piezas. — ¿Nada más? Compañerita, al primer hijo que tengas ponle el nombre de cualquiera de ellos. El del más olvidado.

¿Que no sabes ninguno? Ya te lo indicaré yo. Llámale Ramón, que es nombre viril, y lo llevaba uno que murió mordiendo el cuchillo que le metieron en el cuello.

Fueron en su "moto" a Madrid y cayeron sobre la más central de sus plazas, como tres rayos de la cólera divina.

¿Qué tejes, compañera, en tu telar? La ilusión de una sociedad más justa, de un mundo menos coactivo y menos asfixiante, de un paraíso en donde a mis chiquitines no se les acabe nunca el pan.

Los vergajazos humanos dieron en su cuerpo apolíneo cosecha de flores, y todo él aparecía convertido en un gigante, frágante y maravilloso lirio.

Rosario: Moriste con la cara carbonizada por el beso de fuego de la dinamita.

A ver que otra mujer ha recibido un beso tan caliente.



La Ciencia y el Anarquismo

I La ciencia, cuya quiebra algunos afirman, mientras otros proclaman su triunfo, es un vasto dominio, tan vasto que no puede examinarse atentamente ni profundizarse, durante el curso de una existencia humana.

Todo el que siente el deseo irresistible de saber, de agregar a las hipótesis conocidas, nuevas hipótesis, más verosímiles, más vastas y más armoniosas; de resolver los problemas que desde siglos preocupan a los investigadores, y que interesan en el más alto grado a la humanidad, no pudiendo abrazar todo el vasto dominio científico, lo recorre ligeramente, es decir, adquiere conocimientos generales en todas las ramas y se especializa después en la que lo atrae y por la cual siente más afinidad.

Esto hecho, el investigador deja a un lado todas sus ideas preconcebidas, sus prejuicios, sus simpatías, sus afinidades y observa, experimenta.

Interroga a los hechos, y no tiene en cuenta sino lo que la observación y la experiencia le hacen constatar. Anota los resultados, recomienza, vuelve a anotar y repite centenares de veces las mismas experiencias, a fin de poder sacar una conclusión que resuma escrupulosamente todo su trabajo.

El método empleado es siempre el mismo: de lo complejo ir a lo simple, a la unidad.

Y la experiencia ha demostrado que esa es la buena ruta.

En la historia natural, las especies innumerables todavía existentes, y las más innumerables todavía que han desaparecido, en el curso de millares de si-

— Si me vals a sacrificar, no me tréis por la espalda, que yo os he hecho fuego siempre de frente.

— Apuntadme a la boca para que antes de entrar pueda darle un beso a la bala, que me quita las penas, que me redime de la angustia de vivir y de ser pobre.

El tiro os fué al corazón, porque sabía que allí lo amaban y lo agradecerían, y que en él fiaban la esperanza de ser libres.

Habéis hecho sagrado, bañándolo en vuestra sangre, el plomo de los asesinos.

En las "salas del crimen" de los casinos y de los "foyers" de los "concerts" se saben ya los nombres de los que mañana caerán.

Guisabas en tus fogones el porvenir del mundo, cocinera de la muerte y de la vida.

Joven bonita, deseada... Y en vez de irte a bailar, te dedicabas a la química de la destrucción.

¡Ah, truhana! Es que a ti te devoraba la formidable ambición de ser la amante de todos los hombres.

Angel SAMBLANCAT



glos que nos han precedido, provienen verosímillamente de un tipo único que en el tiempo, según los lugares, el clima y las circunstancias, se ha transformado en una multitud de especies diferentes.

Tal es la hipótesis que se opone hoy en día, gracias a las investigaciones de algunos naturalistas, al dogma intangible de la creación de todas las especies.

En química, en física, el método lleva igualmente y siempre todo a lo simple.

Luz, calor, sonido, electricidad, etc., todo eso no son sino vibraciones de corpúsculos que tienen movimientos sinusoidales de largos de honda muy diferentes.

Materia y fuerza, dos formas distintas, pero inseparables del elemento único que no conocemos sino bajo el nombre de átomo pero que es el punto de partido de todos los cuerpos.

En todas las ramas, como vemos después, las teorías científicas han revolucionado las creencias ingenuas o las explicaciones engañosas.

Pero la batalla fué ruda. Los ilustres y condecorados sabios, han estado siempre por las antiguas fórmulas. La ironía fué la primera arma empleada contra los iniciadores. Cuando no fué suficiente se recurrió a la ayuda de la mentira y de la calumnia. Sí, a pesar de todo, el nuevo Arquímedes no rehúta la lucha, la represión gubernamental y religiosa usaba de su poder y de sus prerrogativas.

El verdadero sabio, que pretende desemmascarar los errores y destruir los prejuicios, es casi siempre una víctima del orden social de la época. La miseria y la persecución son su destino.

El anarquismo, en el dominio filosófico, económico, sociológico, emplea para resolver los numerosos y difíciles pro-

blemas sociales, el mismo método que la ciencia: de lo complejo a lo simple.

Los anarquistas han observado los efectos desastrosos del mundo social actual, han ido de los efectos a las causas, y han constatado que en todos los dominios los efectos eran producidos por la misma causa: la autoridad.

La cirugía ha demostrado, con pruebas en su apoyo, que para atenuar o suprimir el efecto, es necesario modificar o suprimir la causa; los anarquistas que no rechazan nunca los métodos de las ciencias experimentales, declaran que para crear la felicidad es necesario suprimir la Autoridad bajo todas sus formas.

Los gobiernos de todos los países emplean todas sus actividades para hacer, de las colectividades que ellos dirigen, una masa pasiva, obediente y sumisa.

El individuo no cuenta, es la majada la que tiene valor.

Los anarquistas, de acuerdo siempre con la ciencia, denuncian esa impostura.

El individuo, como la unidad en matemáticas, es la célula social. Sin él no puede haber sociedad.

Es esta la célula que unida a otras, forma la sociedad. Y esta sociedad no puede ser armoniosa, bella ni estar en perfecto estado de salud, si cada individuo no es sano, bueno, justo y bello.

El individuo tiene derecho a su felicidad. Es decir, a la libertad de satisfacer sus necesidades.

Se reúne con otros en sociedad para tener mayores facilidades para obtener esa felicidad.

La sociedad mejor será entonces la que le permita satisfacer todas sus necesidades. Y es por la existencia de esta sociedad que los anarquistas militan y luchan.

Pero eso no sucede sin riesgos. La calumnia entra en juego también; la represión, la prisión, están siempre suspendidas sobre la cabeza de los libertarios.

Y es así como, por sus métodos idénticos, como también por la represión que persigue a sus adeptos, que la Anarquía y la Ciencia son hermanas.

El Anarquismo triunfará porque la Ciencia lo provee, día a día, de nuevas armas.

Veremos, en los artículos siguientes, la vida desgraciada, miserable de casi todos los inventores, investigadores e innovadores.

Hablaremos de sus trabajos, veréis sus vidas de abnegación, de desinterés y de trabajo. Veréis como ellos son verdaderamente hermanos de los valientes obreros de la Anarquía, que, tan desinteresados como ellos, van en todo tiempo y a todas partes, apesar de las dificultades, anunciando los tiempos nuevos.

León ROUGET

¿Se ha enterado Vd. que el DOMINGO 7 de enero, durante todo el día, se efectuará en la Isla Maciel un Pic-nic familiar a beneficio de "LA PROTESTA"?

Suscripción del Suplemento y "La Protesta" inclusive, \$ 2.- mensuales